

soflama del poema naif (tan común en este género de las soleares) y no se le escapa el ritmo interno de estas coplas que nos trae en su último libro *Con todas las de perder*, editado en la editorial que dirige el escritor José Mateos: Canto y Cuento.

Empieza este libro de coplas con prólogo del escritor Antonio García Barbeito. García Barbeito, articulista del periódico *ABC*, también es autor de este tipo de composiciones tan cercanas al flamenco y, de ahí, elabora un prólogo que apunta claves interesantes sobre la noción del arte menor en estos poemas, que por menor se consideran menores, y nada más lejos de esa realidad. Discute García Barbeito, con argumentos solventes, la necesidad de leer estos poemas (los que sean, cualquier copla y cualquier autor que las cultive y publique) sin las lentes del prejuicio. Habla Barbeito de que «hay octosílabos que tienen dimensión de arte mayor, de endecasílabos», como estos versos de Antonio Machado: «Por darle al viento trabajo, / cosía con hilo doble / las hojas secas del árbol». En resumen, el escritor insiste en que la etiqueta de «menor» o de «mayor» no debe ser sinónimo de buen o de mal poema; que ese adjetivo que no deja de ser una convención para el estudio, no debería distorsionar lo sustantivo. Del mismo modo, escribe Antonio García Barbeito que «hay versos de arte mayor que suenan como coplas». En este caso nos pone de ejemplo a Manuel Machado: «Que la vida se

tome la pena de matarme, / ya que yo no me tomo la pena de vivir...».

La edición, muy cuidada, contiene collages de Juan Lamillar. Collages que acompañan los poemas de Víctor Jiménez. Como estas coplas, magníficas: «Cuando ya pesan los años, / se te hace cuesta arriba / saber que vas cuesta abajo»; «Adioses hay, como el agua, / que en tus grietas se hacen nieve / y acaban rompiendo el alma».

Hay también coplas que cuentan circunstancias, hechos cotidianos, divagaciones: «Por aquella Calle Ancha, / hay quien sigue viendo al niño / caminito de su casa»; «No falta nunca esa gente / que le echa el agua al vino / cuando ve que estás alegre»; «En el amor siempre hay besos / que ni diste ni darás. / Y que te queman por dentro»; «Nos va separando el tiempo. / Tú siempre los mismos años / y yo los que voy cumpliendo».

Víctor Jiménez nos tiene acostumbrados a esa destreza en la métrica, tan propia, tan suya, tan poco habitual entre la poesía que hoy se publica. Víctor Jiménez también conoce otras verdades del poema, como son la mirada certera y original, el plano que todos podrían ver pero pocos sabrían nombrar. Entre esas dos formalidades se mueve el poeta, entre la emoción y la precisión conceptual, entre la brevedad y la hondura de la idea y la palabra.

GONZALO GRAGERA



Lutgardo García Díaz

*El caudal infinito*

Renacimiento, Sevilla, 2020

### Los secretos caminos del vivir

Debemos a Borges, aparte del título de este libro, que nace de unos versos suyos, una de las más eficaces, por su certera claridad, explicación del proceso poético: unas emociones que el poeta convierte en palabras para que luego el lector vuelva a convertirlas en emociones. A esa alquimia, que descansa en la alianza entre emoción y belleza, a su caudal, se acoge el nuevo libro de Lutgardo García Díaz, tras *La viña perdida* (2014), *Lugar de lo sagrado* (2015) y *La llave misteriosa* (2017). En este último, el poeta salió victorioso del difícil reto que suponía dedicar todo un libro al mundo del flamenco, con sus ritos y sus geografías. En su nueva entrega, vuelve Lutgardo García a una diversidad temática que,

entrelazando vivencias y escenarios, trascendiendo las anécdotas que sirven de punto de partida, presenta una gran coherencia, también en el aspecto formal, con poemas de tono discursivo, basados en el predominio de la imagen, en la búsqueda de un léxico preciso y a la vez lleno de resonancias, y que suelen fluir hasta un último verso decisivo.

Los de Borges («Así voy devolviéndole a Dios unos centavos / del caudal infinito que me pone en las manos») suponen el mínimo pago de una deuda inmensa, y a la lista de agradecidos por todo lo que la vida nos ofrece se une Lutgardo con un libro que acota, como no puede ser menos, ese caudal maravilloso en unos cuantos temas fundamentales, pero sin dejar de tener conciencia de todo lo que queda por convocar a esta fiesta de las palabras. Podríamos decir que uno de los fundamentos del libro es el asombro de estar vivos y uno de sus propósitos es la acción de gracias por todo lo que la vida (con sus sombras) nos entrega a diario.

El libro es un instrumento esencial para descubrir el mundo, y a ese objeto imbatido frente a las supuestas amenazas electrónicas, se dedican los primeros poemas. «Libros de lance» que resucitan entre las manos de su nuevo lector, la afortunada compra de la *Opera Omnia* de Manuel Machado con dedicatoria autógrafa, el lamento por el cierre de su librería

habitual y el recuerdo de su escaparate de volúmenes dispuestos «con manos de prioste».

Sabe Lutgardo que «los libros son sueños escritos en los sueños de otros», de ahí la importancia que la tradición tiene en su poesía. La figura tutelar de Rilke aparece celebrada en la fecha de su nacimiento en un texto que reflexiona sobre la búsqueda y el significado de la poesía, en la certeza de que el poeta es alguien «que va espigando las señales ocultas en lo cotidiano». En ese territorio se instala el autor, dueño de una mirada que abarca a la vez la cultura y la naturaleza, vistas no como opuestas sino como complementarias.

La música (Bach, Richard Strauss.), el cine (*Muerte en Venecia*, *La juventud*), la pintura (Francisco Pacheco, Rembrandt, Ramón Gaya, Pedro Serna...) son presencias continuas en estas páginas. Como en la pintura flamenca, aquí los objetos son metáforas, y los vemos discurrir en el tiempo («Violonchelo de 1598») y los vemos ser tiempo ellos mismos: el «Reloj astronómico de Saint Jean» marcando «los secretos caminos del vivir», la letanía de «Objetos perdidos» que vuelven a encontrarse en la memoria, esa «taberna» donde se amontonan con la única esperanza del olvido.

El disfrute físico de los lugares («Balcón de Europa») no le impide al poeta asociarlo a la idea de una Europa ya ida (*El mundo de ayer* como referencia) y

desde este enclave de Nerja imagina faros, campanarios, iglesias rurales sin olvidar los nombres de Rilke, de Zweig, de Ravel, protagonistas de la cultura más alta en una Europa («oro y miseria») de entreguerras. Ciudades prestigiosas como Florencia o Toulouse alternan con unos caminos rurales de la sierra de Huelva o los malagueños baños del Carmen, que también encierran «los encantos del mundo».

Esta geografía de libros y de artes encuentra su equilibrio en una sostenida presencia de la naturaleza, sobre todo de las plantas («Las flores del adiós», «Las rosas del perero», «Jarrón con mimosas» «El alma de las rosas»), dos mundos distintos sostenidos por una sola mirada. Ante las plantas, símbolos de la renovación de la vida, se pregunta Lutgardo si es merecedor de asistir al prodigio de su cíclica resurrección.

Esos dos ámbitos se unen en «Las rosas de Pierre-Joseph Redouté», que es también un homenaje a la amistad, pues en este libro se muestran, recreadas por el arte, detenidas en sus páginas luminosas, las mismas rosas que nos asombran en su breve vivir.

Afirmaba recientemente el compositor Tomás Marco que «las artes no son para entender sino para sentir y ese sentir es a la par sensorial, emocional e intelectual». De de esas tres experiencias se sirve el poeta, pero usando lo intelectual para conducir

emoción y sentimiento hacia las lindes de la trascendencia.

En consonancia con su *Lugar de lo sagrado* (toda la poesía de Lutgardo descansa en esa búsqueda, que va más allá de una fe concreta), también la presencia de lo religioso alcanza los dominios del arte, como en «La cena de Emaús» de Rembrandt, con Ruskin y Proust como prestigiosos espectadores. Pero si es frecuente relacionar lo sagrado con la música (aquí *La pasión según san Mateo* de Bach en el Viernes Santo sevillano, su Oratorio de Navidad como contrapunto entre unas celebraciones europeas y las costumbres familiares), no lo es tanto aplicar esa visión trascendente a la tauromaquia: versos en los que Manolete aparece como un Cristo del sur, y sus faenas y circunstancias biográficas escriben un evangelio: la pasión según Manuel Rodríguez.

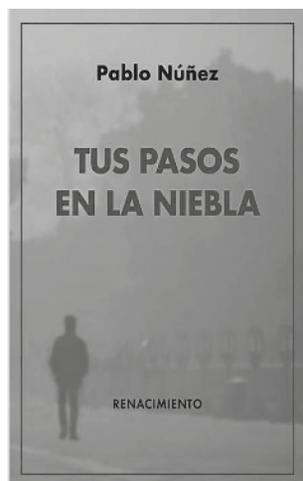
Esta sacralización de lo profano responde a ese «Todo es santo, todo es santo, todo es santo», que proclama el centauro Quirón en su alocución al Jasón niño, en la *Medea* de Pasolini. «En cada punto hacia el que miran tus ojos se esconde un dios. Y si no está ahí ha dejado la huella de su presencia sagrada...».

Esas huellas se reparten por todo el libro, en un verso, en la elección de un adjetivo, en el destello de una imagen, pero se hacen más patentes en los poemas religiosos: «Los olivos», «Elegía», «Pascua de Resurrección 2016», en

los que una fe profunda no desdeña el acercamiento a las creencias populares, y en los que un solo verso final (en «Runners») la contrapone al hedonismo juvenil, a la hermosura vacía de los héroes modernos.

Libro de nombres (Rilke, Joseph Roth, Szymborska...), lo es también de homenajes (Aquilino Duque, el historiador Luis Navarro, Julia Uceda en su entorno galaico, el poeta Emilio Durán, «alegre de tristeza») y de lamentaciones: así, el poema dedicado a la muerte de un canónigo, o el que cierra el libro, «Requiem», emocionada despedida al hijo de un amigo. Alcanzado ya por varias ausencias personales, puede el poeta reflexionar en el museo arqueológico sobre la muerte ante las lápidas («palabras escritas en la piedra») como última certeza de nuestro paso por el mundo) de Laria Tuche, Marco Calpurnio y Fabio Corneliano, que, en la continuidad de unos ritos que atraviesan siglos y civilizaciones, se unen a la cal de los nichos de un pueblo sevillano.

JUAN LAMILLAR



**Pablo Núñez**

**Tus pasos en la niebla**

Renacimiento, Sevilla, 2020

### La luz de aquella tarde de septiembre

Pablo Núñez (Langreo, 1980), que es licenciado en Periodismo, doctor en Filología Hispánica y profesor de la UNED, pertenece al círculo de poetas asturianos ligados a la Universidad de Oviedo y a la tertulia del mordaz crítico García Martín. Codirige, junto a Candela de las Heras, la revista *Anáfora*, una de las más pujantes del panorama joven de la poesía española. Es uno de los editores (el otro es el también asturiano Rodrigo Olay) de *Sobre mi poesía (1971-2018)*, la de Luis Alberto de Cuenca, que acaba de aparecer en una nueva colección de la jerezana Libros Canto y Cuento.

Tras un primer libro, *Lo que dejan los días* (2014) y su paso por alguna antología

generacional, publica ahora en Renacimiento *Tus pasos en la niebla*.

Tres elocuentes citas abren el pequeño volumen. De Garcilaso, Zagajewski y Sánchez Rosillo. Están elegidas con coherencia, lo que no siempre ocurre. A punto de entrar en la cuarentena (y no me refiero a la del coronavirus), es lógico que uno se pare a contemplar su estado, como el autor de *Epístola a Boscán*; recuerde, como el padre del poeta polaco; y permanezca en la luz que, «si de verdad fue tuya», «no se acaba», como proclamó el poeta murciano.

En tres partes se divide el conjunto: «La belleza del mundo», «Confidencias» y «Quizá unos pocos versos». El primer poema de la primera sección (que se publicó en *Estación Poesía*), dedicado a un cuadro de Hopper, en concreto su comienzo: «Ella no sabe que al mirar los árboles / está observando en realidad su vida», sorprende de inmediato al lector. Al menos a este. Se da mucha importancia a la primera línea de un relato o de una novela; no tanta a los primeros versos de un libro de poemas, tal vez porque cada poema es, en rigor, un libro en sí mismo. El caso es que si uno fuera, como en algunas ocasiones, miembro de un jurado literario al que se hubiera presentado este libro, solo por ese par de endecasílabos que condensan un mundo, ya contaría, *a priori*, con mi voto favorable. Seguiría leyendo, como

hice, con mucho interés. Lo sospechado cobró al final definitiva forma.

El clasicismo (métrico, temático, etc.) se aprecia también desde el principio. De ahí lo de los epígrafes. Hay más: de José Luis Piquero, García Montero, Amalia Bautista y Víctor Botas. La musicalidad o el ritmo (apoyado casi siempre en el endecasílabo) se adapta de inmediato al oído, sin que estorbe a la hora de concitar coincidencias, voces y ecos. Del mencionado LAdeC, uno de sus maestros, por ejemplo. Por decirlo con él, la línea es clara. El tono, conversacional, como el del resto de paisanos de viaje lírico, un grupo potente y reconocible dentro de la tradicional pujanza de la poesía escrita por asturianos.

En los poemas, la infancia y la juventud perdidas (las enseñanzas de la edad: «A cada golpe debes lo que has sido»); la afición al deporte (al baloncesto, en la baraja infantil; al fútbol, en ese poema dedicado a Quini); la familia (el padre, que está en «El poeta vio el rostro», y la abuela materna, en «No eran cuentos»); los viajes (a la Ginebra de Calvino y Borges y a los Alpes, a Salamanca o Cáceres), versos donde aflora a veces un culturalismo asumido y no epatante; la celebración de la amistad, un rasgo muy *experiential* y ochentero (léase «Queríamos luchar» o «Verbier»); la memoria («¿De qué mañana vienes? ¿De qué espera?»); el mar (algo normal en alguien que vive en Gijón; «Siempre supe del

mar»); el yo (que protagoniza la segunda parte), en poemas autobiográficos (o eso parecen) como «Ante el espejo» o «No le cuentas que te entusiasma Bach» (y Dylan, Cernuda, el cine de los 50, las viejas tertulias televisivas de Garcí y de Dragó...), «que prefieres un buen alejandrino a un BMW» y «que admiras mucho más / a Rodríguez Adrados que a Bill Gates; la Biblia (muy hermoso es el poema «El texto del Nuevo Testamento»); los libros, las lecciones y la poesía (a la que dedica la tercera parte)...

El poema final es una traducción de un animoso al tiempo que melancólico poema de C. S. Lewis: «What the Bird Said Early in the Year» («Lo que el pájaro dijo al comenzar el año», de 1938) que se puede leer en «una placa del Magdalen College de la Universidad de Oxford» y al que pertenece el verso «Este año el verano se hará realidad. Este año. Este año».

Unas didácticas «Notas del autor», que subrayan el afán de claridad, cierran esta entrega que no sorprenderá acaso por lo novedoso, pero sí por su pequeña verdad. «Al cabo, son poquísimas las cosas / que de verdad importan en la vida», como dijo la mencionada Amalia Bautista. Él, por su lado, afirma: «No elegiste un camino, pero fueron / siempre firmes tus pasos en la niebla». Se nota.

ÁLVARO VALVERDE